

N.º 3

25cts

EL AVENTURERO REY

por JOHN GILBERT



BIBLIOTECA EMOCIÓN

PUBLICACION SEMANAL

BIBLIOTECA EMOCIÓN

TRUXTON KING 1923

EL AVENTURERO REY

SUPERPRODUCCIÓN FOX

Versión novelesca de la película de igual
título, interpretada por el gran artista

JOHN GILBERT



Exclusiva : HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Calle de Valencia, núm. 280 : BARCELONA



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

EL AVENTURERO REY

PERSONAJES

Truxton Rey	<i>John Gilbert</i>
La princesa Lorraine	<i>Ruth Clifford</i>
El conde Marlaux	<i>Frank Leigh</i>
El príncipe Robin	<i>Mickey Moore</i>
El canciller Tullis	<i>Richard Wayne</i>
El barón Danglos	<i>Mark Fenton</i>
Hobbs	<i>Otis Harlan</i>
Spantz	<i>Willis Marks</i>

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO G - 104 : BARCELONA

IMPRESA AL ALAMBORCO
INTERNAZIONALE DI BOLOGNA
ET. BORGESANO GIULINI E FIGLIO
VIA DELLA VIGNA NUOVA, 100 - BOLOGNA

EL AVENTURERO REY

I

Uno de los más románticos detalles de la historia del minúsculo principado de Granstark es que la princesa reinante, Yetive, tomó por marido a un norteamericano. Mas como un descarrilamiento ocurrido cerca de Bruselas causó la trágica muerte de la princesa y de su consorte, el cetro y el trono fueron heredados por su hijito, el príncipe Robin.

Todos los habitantes del principado son fieles súbditos del pequeño monarca, excepto el Consejo de los Diez, cuyos partidarios conspiran en la sombra.

Al principado de Granstark ha llegado Truxton Rey, un neoyorquino amigo de aventuras y emociones fuertes, el cual se aburre allí soberanamente.

Un día, luciendo alegre sol mañanero, salieron de palacio en traje de gala el príncipe

Robin seguido de su escolta, y en aquella ocasión pudo Truxton Rey apreciar el boato de la corte del principado de Granstark y recoger la fusta que al pequeño príncipe se le cayó al suelo al saludar a la multitud que le aclamaba.

Así fué como el viajero neoyorquino se puso en contacto por vez primera con el príncipe Robin.

Momentos después de haber desfilado la comitiva real y al sentarse nuevamente en la terraza del café en que se encontraba Truxton Rey, se le acercó el señor Hobbs, un inglés que suspiraba por su patria y que se ganaba la vida al servicio de una agencia de turismo.

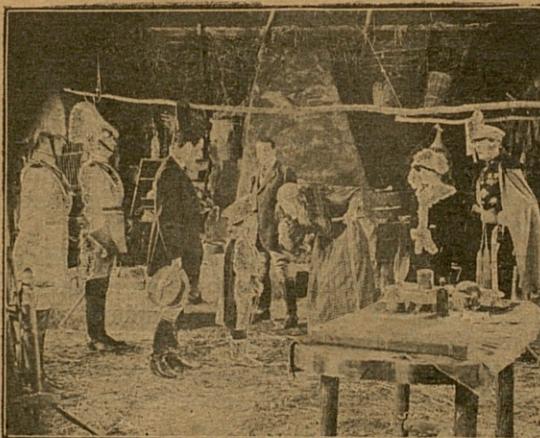
— ¿Quiere usted ver las cosas más notables e interesantes, caballero? — le preguntó cortésmente.

— Para mí lo más interesante de esta capital — contestó el interpelado — es el primer tren que me lleve lejos de ella, lo más posible.

— Entonces, si no es indiscreción, ¿por qué ha venido aquí?

— Vine en busca de aventuras — replicó Rey, — y lo único que he visto desde que llegué han sido dos entierros y una partida de ajedrez.

— ¿Pero no ha visitado usted la fábrica de juguetes, el museo de figuras de cera, ni la tumba de...?



Alguien está espiándonos

— No me venga usted con tumbas — objetó Truxton Rey socarronamente. — Déme emociones fuertes, peligros.

* * *

Truxton Rey se zafó a duras penas del solícito guía y al poco rato se situó junto al escaparate de una tienda de antigüedades, donde su presencia se recibió con recelo.

Apenas le vió el dueño de la tienda, al que luego conoceremos con el nombre de Spantz — pues éste y no otro era el propietario de la tienda misteriosa — dijo a uno de los dependientes :

— Un espía. Vigílelo.

A la sazón entró en la tienda el jefe de la policía, barón Danglos, y por su parte fué del mismo parecer, puesto que dijo a su ayudante en voz baja al ver junto al escaparate a Truxton Rey, interesado en examinar las antigüedades que en él estaban expuestas :

— Ese extranjero acaba de hacer señales misteriosas a alguien que estaba en la tienda de Spantz. Hay que vigilarlo mucho.

En esto estaban Spantz, el dueño de la tienda y el jefe de la policía, cuando bruscamente entró el americano en el establecimiento, diciendo :

— Desearía examinar la espada que hay en el escaparate.

Mostráronselo y al fin la compró, sirviéndole la transacción para sondear un ambiente desfavorable al príncipe Robin y a la princesa Yetive.

Mas este ambiente excitóle a permanecer más tiempo en Granstark hasta el punto de confesar a su guía Hobbs :

— Decididamente, Granstark es interesante. Guíeme a los lugares más célebres.

Y en compañía de su cicerone Rey se acerca a los jardines del príncipe reinante, famosos por su belleza, y como mostrase deseos de penetrar en ellos, Hobbs le replicó todo asustado :

— No podemos entrar, señor, está pro-

hibido ; es un sitio sagrado, casi tan infranqueable como el palacio.

Por esto Rey no dió su brazo a torcer : antes bien, más decidido que antes pretendió saltar el macizo artificial.

Cada vez más acongojado Hobbs repetía :

— Fíjese bien en lo que hace, caballero. Si entra usted, me quitarán el permiso de guía y me meterán en la cárcel.

— Pues yo le daré otro — exclamó casi enojado Truxton Rey — y le pondré en libertad ; pero déjeme entrar de una vez en estos jardines, como es mi deseo.

II

Los amenos jardines del príncipe reinante se ofrecían frondosos y solitarios al aventurero norteamericano.

Pocos minutos llevaba recorriéndolos cuando en un hermoso estanque que en medio de los jardines había, encontró al pequeño príncipe Robin, el cual, tan pronto como le vió, corrió derecho a él y le dijo :

— Le reconozco : usted fué el que me recogió el látigo esta mañana.

Y como Rey mostrase algún temor añadió el pequeñuelo para tranquilizarle :

— No tema usted que nadie lo detenga. Mi padre era compatriota suyo, de modo que usted es mi amigo.

El príncipe, una criatura al fin, le propuso una ingenuidad muy propia de chicos :

Ir a buscar peces colorados al estanque.

Y en esa dulce tarea estaban de pescar peces de colores, cuando fueron sorprendidos por la presencia de Lorraine, tía de Robin, la cual al ver al forastero exclamó enojadísima :

— Es un atrevimiento inconcebible penetrar aquí a enseñar al príncipe de estas travesuras.

— Perdón, alteza — contestó el intruso.— Soy un americano curioso. Mi nombre es Truxton Rey.

— ¿Rey?... ¿Es usted acaso hermano de Muriel Rey?... Pues estuvimos juntas en el mismo convento, en Francia.

— ¡Qué feliz casualidad! Tal vez sea yo castigado por haber entrado aquí, pero no importa... El conocer a usted bien vale el peor de los calabozos.

— Después de tanta galantería — le replicó la princesa Lorraine — no puedo menos de dejarle marchar sin castigo.

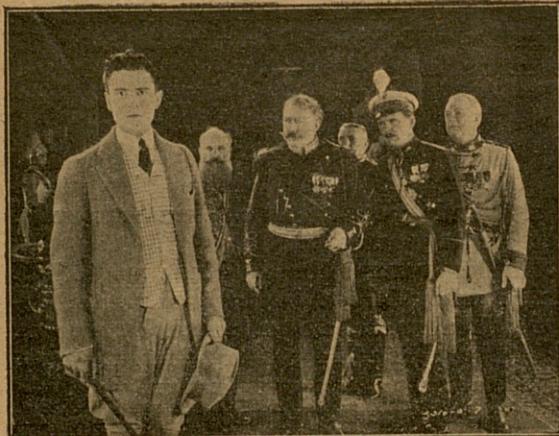
— ¿Volveremos a vernos? — preguntó Truxton Rey.

A lo que contestó la princesa :

— Venga usted mañana al Barranco de la Cícuta, que la bruja me va a decir la buenaventura.

— Bien. Allí estaré.

Momentos después saltaba de nuevo Trux-



Tal vez la profecía de la bruja le ha puesto nervioso

ton Rey el seto artificial que impedía el acceso a los jardines y se encontraba en el lugar donde le esperaba el complaciente y servicial Hobbs.

Este, al verle llegar, exclamó todo azorado :

— ¿Pero no está usted muerto, ni nada?

— Al contrario, ahora es cuando verdaderamente comienzo a vivir.

Y Truxton Rey preguntóle en voz baja, como si temiera que alguien sorprendiese su más íntimo pensamiento.

— ¿Sabe usted, querido Hobbs, dónde vive la bruja del Barranco de la Cícuta?

El buen cicerone contestó afirmativamente y guió hacia allá a nuestro intrépido aventurero.

III

A la sazón el Consejo de los Diez estaba conspirando para sumir a Granstark en la revolución y la ruina.

En los sótanos de la tienda misteriosa había una veintena de revolucionarios, entre los cuales estaba Olga Platanoba, morena bellísima, obligada por su tío, el feroz Spantz, a formar parte de la conspiración.

Entre ellos se encuentra también el conde Marlaux — aunque de incógnito, naturalmente, — jefe de los conjurados que había sido desterrado de Granstark desde la muerte de la princesa Yetive.

Olga Platanoba en manera alguna quería cumplir la misión terrible que se le había confiado, la cual no era otra que quitar de en medio al príncipe Robin.

No comprendía el por qué se la designaba para dar alevosa muerte a una inocente e indefensa criatura.

Pero dejémosla rebelarse contra esta orden emanada de los suyos para ver lo que sucede en la guarida de la bruja del Barranco de la Cicuta.



Yo soy también prisionero

IV

En una casita perdida en el bosque, como las que suelen describirse en los cuentos de hadas, infinidad de automóviles se van parando poco a poco formando un lujoso cordón a la misera morada.

En ella impera la bruja... que es una mujer vieja y desdentada, que sin ceremonia alguna va recibiendo a todos los cortesanos.

Entre éstos está el conde Carlos Vos Engo, uno de los que más se ha significado en sus campañas en contra de los que conspiran en contra del Principado.

El conde Vos Engo se mantiene rígido junto a la princesa Lorraine, la cual pregunta ansiosamente a la bruja acerca de su porvenir.

— Veo sables ensangrentados — responde la interpelada bruja, — muerte y desolación... veo amor y peligros sin cuento.

Mientras hablaba la vieja daba vueltas a una esfera de vidrio y la princesa la atajó diciéndola :

— ¿Me casaré algún día?

— Sí; pero antes serás muy desgraciada.

Entonces el conde Carlos Vos Engo, que pretendía la mano de la princesa interrogó a su vez a la bruja acerca del porvenir que le reservaba el destino, y la desdentada y deforme mujer le replicó helando la sangre en sus venas.

— La mujer a quien amas se casará con su compatriota.

* * *

A la sazón Truxton Rey observó unas caras que asomaban en el fondo de la estancia por un ventanillo, y de pronto exclamó :

— Alguien está espiándonos.

Se dirigió rápidamente al lugar donde creyó ver a las caras espiadoras, pero por más que palpó en las paredes y golpeó con el junquillo no descubrió nada.

Las personas del séquito de la princesa y del príncipe Robin y d'chas augustas personas se agolparon hacia el lugar indicado por el aventurero americano.

— Repito — insistió Truxton a la asombrada concurrencia que le rodeaba — que he visto a un hombre que miraba al príncipe.

— No hay otra puerta — objetó el conde Carlos Vos Engo — y las ventanas están cerradas. Sin duda se ha equivocado usted.

— Tal vez la profecía de la bruja le ha puesto nervioso — se creyó en el deber de decir uno de los cortesanos.

— ¡Qué susto me ha dado! — dijo la princesa, tocándole suavemente en el brazo. — Su imaginación es peor que las siniestras profecías de la bruja.

Nadie, pues, dío crédito a lo que todos imaginaban extraña visión del extranjero.

Pero éste, convencido de la realidad del caso no cejó en su idea, y tan pronto como se quedó solo le dijo a Hobbs, que le aguardaba :

— Vi a varias personas que espiaban tras un ventanuco, y estoy resuelto a encontrarlas cueste lo que cueste.

Y diciendo y haciendo volvió a penetrar en la guarida de la bruja del Barranco de la Cicuta, escudriñando atentamente todos los rincones.

Mas apenas había comenzado sus minuciosas pesquisas en el mismo lugar en que

creyera ver las caras espiadoras, cuando la bruja, dando extraordinarias muestras de energía se le arrojó violentamente al cuello, con el propósito indudable de estrangularlo, teniendo que usar de todas sus fuerzas Truxton Rey para separarse de aquella espantosa y siniestra estantigua.

De un violento empujón hizo rodar a la bruja por el suelo, y tras breves instantes pareció quedar dueño absoluto de la situación para poder escudriñar a su guisa todos los rincones del antro tenebroso.

Sin embargo, le acechaba un peligro tremendo.

En breves momentos se vió rodeado de los conspiradores que, efectivamente, del antro de la bruja habían hecho su guarida, y que al ver a Truxton Rey a punto de descubrir la entrada de su escondite se arrojaron sobre él reduciéndola a prisión en lóbrego calabozo y maniatándole.

IV

Una hora larga había transcurrido y este tiempo fué de verdadera tortura mental para el pobre Hobbs, el cual no se explicaba la desaparición del forastero por los métodos corrientes, sino por medios sobrenaturales, y llegó a creerse a pies juntillas que el bueno de Truxton Rey había salido del antro te-



No sé cómo, pero me propongo sacar a usted de aquí o morir en la empresa

nebroso convertido en bolas de fuego y humo verde.

En una palabra :

El buen señor había estado viendo visiones. Pero dejémosle allí sentado al borde del camino, pensando en estas cosas de brujería para ver lo que ocurría en el interior del palacio, donde se celebraba Consejo de Ministros, con asistencia del príncipe Robin y de la princesa Lorraine.

— ¿Por qué hemos de preocuparnos por culpa del señor Rey? — preguntó después

de acalorada discusión el conde Carlos a los circunstantes.

Esta pregunta cayó como una bomba en el ánimo de la Princesa, pero nada dijo.

Uno de los Consejeros pareció asentir a lo manifestado por el conde Carlos.

Otro dijo :

— Sí, efectivamente, ¿qué tenemos que ver con él?

Entonces la princesa, no pudiendo callar más tiempo, se acercó al conde Carlos y le dijo poniendo todo el fuego de su alma en sus palabras :

— Ha de estar en grave peligro, Carlos. ¿Por qué no vamos a socorrerlo?

La respuesta negativa del conde fué tan brusca y despiadada, que la pobre princesa Lorraine deshizo su pena en llanto.

El pequeño príncipe Robin, que presentó la escena, exclamó enojadísimo ante la inexplicable conducta del aspirante al principado :

— ¡La has hecho llorar, tío! Debía desterrarte del país.

Y cogiendo de la mano a la princesa Lorraine la llevó a una estancia inmediata donde ella siguió dando rienda suelta a su llanto, pues a sí misma se hacía culpable de la desgracia ocurrida a Truxton Rey.

— ¡Y pensar — repite tristemente la princesa — que traté tan despiadadamente al pobrecito!

— ¿Acaso estás enamorada de él? — la preguntó ingenuamente el principito.

— No vuelvas a decir eso — le reprendió dulcemente la princesa Lorraine. — Me hace mucho daño oírtelo, pues es preciso que me case con Carlos para que los de su partido sostengán nuestra dinastía.

— No te apures, tífa — replicó muy decidido el chiquillo. — Voy a decir a mi canciller que mande un escuadrón en busca de Truxton Rey.

V

Al día siguiente, en la prisión de Truxton Rey entró un hombre que le dijo :

— Mil perdones, señor extranjero ; pero un espía no debe quejarse de malos tratos.

— No es espía — contestó otro de los conspiradores, que a la sazón entró en la celda, — y a mi juicio no debe atormentársela.

Los que así hablaban no eran otros que Spantz y uno de sus más hábiles y valientes secuaces, los cuales siguieron diciendo :

— No podemos ponerlo ahora en libertad. Sabe demasiado y debe morir.

— Por lo menos es necesario que siga preso... hasta después del gran día.

En esto entró en la habitación Olga Platanoba, la cual quería a toda costa que se

concediese la libertad al forastero Truxton Rey, y que como elegida para asesinar al príncipe Robin blandía, como una espada, su supremo argumento.

— Si no se respetan mis deseos en cuanto a la libertad de Mr. Rey, no cumpliré mi promesa para el día 26.

Esta promesa no era otra que la muerte violenta del príncipe.

Mas pronto quedó casi relegada de tan triste obligación la revolucionaria Olga Platanoba, por la intervención de Truxton Rey, el cual promete no traicionar el horrible secreto que allí ha aprendido a cambio de que los conspiradores renuncien al crimen proyectado.

VI

La noche del 25.

En tal fecha Marlaux, jefe de los revolucionarios, que es sumamente astuto, hace que Tullis y sus tropas estén buscando a la joven princesa por las montañas de modo que el castillo ha quedado sin guarnición y a merced de los contrarios, pues hace tiempo que Marlaux se quería vengar de ella porque en un tiempo la princesa había renunciado a concederle su mano.

En dicha noche, noche del 25, famosa en los anales de Granstark, la princesa Lorraine



Recuerdo tu juramento

es encerrada en el mismo calabozo de Truxton Rey, con la promesa formal de que no la hagan daño alguno.

Ahora bien, al volver en sí y encontrarse atada y en tan lóbrego calabozo, la princesa mira en torno suyo y descubre al bueno de Truxton Rey maniatado como ella, pero al que cree culpable de su encierro.

— ¿Pero es posible — pregunta el joven forastero — que me crea usted capaz de semejante infamia?

Y mostrándole las manos atadas, continuó:
— También soy prisionero... mire usted.

— Pero ¿puede usted decirme qué significa todo esto?

— Es una conspiración dirigida por Marlaux, el cual se propone hacerla su esposa y ha hecho de usted su prisionera para salvarla de la muerte que bate sus alas sobre el castillo.

De pronto callaron.

Un murmullo de voces había llegado hasta ellos, e instintivamente escucharon a los conspiradores que estaban en la habitación inmediata, y dijo resuelto el norteamericano :

— Apenas se marchen es preciso que entremos la manera de escapar de aquí.

Estaban muy juntos y el uno al otro se habían desatado las manos, teniendo así más facilidad de movimientos.

Truxton prosiguió :

— No sé cómo saldremos de esta empresa, pero me propongo sacar a usted de aquí o morir en la demanda.

De pronto, como si una idea repentina le hubiera venido a su cerebro, se acercó más aún a la joven y tomándola materialmente en sus brazos murmuró en su oído :

— Quizá no salga vivo de aquí. De modo que es preciso que la diga que la amo... que la adoro.

Así, en tan terrible trance, fué como ambos jóvenes, que parecían nacidos el uno para el otro, comenzaron a comprenderse y amarse.



Los conjurados conspiraban en la sombra

VII

Por fin llegó el día señalado por los conspiradores para que Olga Platanoba lanzase la bomba asesina contra la persona del príncipe Robin.

Este día era el 26, aquel en que se celebraba la fiesta nacional, y aquella mañana, verdaderamente hermosa y tibia, el pequeño príncipe recorría las calles de la capital aclamado por sus fieles súbditos.

Los soldados de Marlaux, disfrazados de campesinos, estaban entre la muchedumbre.

Todo eran vítores y aplausos para el príncipe, cuando de pronto de entre el público salió Olga con la mortífera bomba que arrojó contra el carro ocupado por el príncipe Robin.

Estalla la bomba sembrando la muerte por doquier.

Mas Dios ha protegido la vida del infantil soberano, que a pesar de la malquerencia y la maldad de sus enemigos resulta ileso.

A raíz del atentado se inicia el levantamiento general, y veinticuatro horas más tarde Marlaux domina todo Granstark, excepto el castillo real, en el que a la sazón se celebra consejo de guerra.

* * *

Junto a una larga mesa discuten las altas personalidades del país acerca de las medidas a tomar en tan críticos momentos, mientras una sombra que no es otra que la de Truxton Rey, el cual ha logrado evadirse y salvar a la princesa del lóbrego calabozo, penetra en el castillo por una puerta falsa, deseoso de ver a la princesa Lorraine, que pocas horas antes le ha precedido.

Momentos después Truxton Rey se encuentra en el salón donde se celebra el consejo de guerra, en el mismo instante en que el conde Carlos dice :

— He mandado ya dos mensajeros a avisar



No podía dejarlo a usted partir sin... sin verlo...

a Tullis el peligro en que estamos y no comprendo el retraso en venir en nuestro socorro.

En aquel momento penetró en la estancia un emisario del conde Marlaux, el cual, sin quitarse el polvo del camino, entregó un pliego lacrado al conde Carlos Vos Engo, en propia mano.

El conde desdobló el pliego y leyó :

« Conde Carlos Vos Engo :

Los dos mensajeros que ha enviado a prevenir a Tullis han sido fusilados.

A menos que me entregue usted al príncipe Robin antes del amanecer bombardearé el castillo. — MARLAUX ».

El emisario, rígido como un húsar, esperaba contestación al mensaje; mas el conde, tomando con gesto elegante el pliego entre sus dedos, lo rasgó en mil pedazos diciendo :

— Esta es mi respuesta al conde Marlaux.

Salía el emisario mohino y enojado por el trato despectivo que acababa de recibir y se cruzó con el barón Danglos, personalidad con la que se completaba el tribunal del consejo.

Solos nuevamente los consejeros y la nobleza del principado de Granstark, dijo la princesa :

— ¡Qué bien se ha portado el señor Rey! Le debemos la vida.

Y como si esa evocación hubiese influido en la persona de Truxton Rey, éste apareció en el umbral de la puerta, causando su presencia general asombro y la rara alegría de la princesa y del príncipe Robin.

Entonces el perverso conde Carlos recordó al Consejo que Marlaux había fusilado a los mensajeros que para la defensa de Granstark se habían enviado a Tullis, y con gran malicia expuso una idea maquiavélica, con la esperanza de que pereciera el hombre en quien veía un rival que tenía todas las probabilidades de conseguir la mano de la princesa Lorraine.

— Quizá el señor Rey, que es tan valiente, querrá servir de mensajero y llevar la noticia de nuestra situación a Tullis.

— Sí — replicó muy serio el aludido. — Iré...

Y añadió :

— Pero con la condición de que el conde Carlos me acompañe.

El malvado, un poco sorprendido al principio por tal respuesta, se creyó en el deber de replicar con la más aviesa de sus sonrisas :

— Lo siento mucho, pero mi deber está al lado del príncipe.

— Entonces iré solo.

VIII

La princesa Lorraine estaba sumamente triste. Había asistido a la escena que acababa de desarrollarse en el salón y fué a cobijarse en una de los aposentos del palacio con el infantil soberano y al que apretando contra su pecho decía :

— No puedo dejar ir así a Truxton Rey. A la muerte quizás... sin una palabra... Pero no puedo tampoco hablar delante de tanta gente.

— Yo lo arreglaré — replicó el avisadísimo principito. — Ahora verás.

Y en efecto, favoreció el chiquillo la entrevista tierna y emocionante de los enamorados.

Y aquella noche, a pesar de la vigilancia de la gente de Marlaux, descendió por los muros del castillo el intrépido Truxton Rey, que se dirigió al campamento de Tullis.

* * *

Después de correr mil peligros a través de los escarpados senderos de la montaña y temiendo una emboscada a la vuelta de cada matorral, llegó por fin Truxton Rey a la tienda de campaña de Tullis, al que informó inmediatamente de la situación.

— Las tropas de Marlaux rodean el castillo y amenazan con bombardearlo al amanecer. No hay ni un minuto que perder.

— Bien, tomaremos por un atajo y les sorprenderemos por retaguardia.

Así fué, y poco tiempo después se entablaba reñida batalla en las inmediaciones del castillo, batalla que desde una de las ventanas presenciaron la princesa Lorraine y el príncipe.

Batidos por todas partes y muerto Marlaux, sus tropas retrocedieron y Tullis y los suyos limpiaron de enemigos todo el contorno.

* * *

Truxton Rey, que se había distinguido grandemente en la contienda, fué tal vez el



Pero en Nueva York seré reina...

primero en alcanzar los frutos de la victoria, pues aquella noche en la magnífica terraza del castillo bañada por la luna, su corazón y el de la gentil princesa Lorraine hablaron el mismo lenguaje.

— Sólo una vez en mil años se acercan tanto las estrellas a la luna — dijo la princesa.

— Como en nuestras vidas — replicó su adorador — que se unieron un breve instante, sólo para separarse por toda la eternidad... Porque un plebeyo sólo una cosa puede decir a usted : « Adiós para siempre, alteza ».

— Pero si no soy princesa... soy hermana del canciller Tullis y nací en Nueva York.

— ¡La hermana de Tullis! — exclamó alborozado el valiente norteamericano. — ¿Entonces somos compatriotas? Tiene gracia, atravesar medio mundo para venir a encontrar esposa de mi propio país en un castillo principesco.

Ambos se unieron en apretado abrazo y luego dijo Truxton Rey :

— No sería justo que te llevase ahora a Nueva York, cuando estás acostumbrada a recibir aquí el tratamiento de princesa.

— Protesto — objetó ella alegramente. — Porque en Nueva York seré reina, la esposa de un Rey.

Y cogidos de la mano, gozosos y riendo corrieron a contárselo al príncipito Robin.

FIN

ESTA AVENTURA SE HA
ATENIDO A UNO

1000

DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

Conocedores de la utilidad que ha de tener un libro con las direcciones de los principales artistas de la pantalla y casas productoras, nos hemos decidido a publicar el tomo que ofrecemos a nuestros lectores



Precio de este interesantísimo libro
UNA PESETA

605

ÁLBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
elegante tomo que contiene

200 retratos de artistas
— y 200 biografías —

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO: 3 PTAS.